

Reseña de Muertes

Escribe: GUSTAVO GORRITI

HACE un par de días recibí un documento estremecedor. Era una larga reseña de la muerte violenta y cruel de 24 policías en Bagua y la subestación seis. En la presentación, de texto austero y puntual, no pestañeaban las imágenes.

¿Qué hace que esa presentación de más de cien vistas primero remezca y no se deje olvidar luego? No es que haya muchas novedades particulares —aunque se encuentra varias fotografías inéditas y se confirma algunos datos operativos—, pero el conjunto expresa un mensaje inédito. El documento ha sido creado por policías; no por uno sino por varios, con obvia experiencia operativa, probablemente sinchis. Queda claro, apenas se lo empieza a leer y a ver, que sus autores han realizado un esfuerzo comprensivo y prolijo de investigación; que esa investigación ha sido el equivalente de una operación de búsqueda y rescate de sus compañeros caídos, y que por esa razón, aunque el dolor de los autores es evidente, ningún detalle significativo queda ocultado.

Ese documento, que combina la reseña precisa con la reconstrucción de escena del crimen, parece lograr por momentos que los caídos hablen y relaten silenciosos el inmenso error de su muerte.

Lo primero que llama la atención en esa memoria de tragedias, es la ausencia de odio, injurias o estridencia. Se trata, es evidente, de un grupo de personas, de policías, de temple parejo que describe y contempla las fuerzas ciegas de una tragedia.

No hay mensaje de odio o venganza hacia los nativos y pobladores entre los cuales estuvieron los asesinos de sus compañeros. “Había esperanza por el diálogo”, dice una vista; y “pasan 50 días y nadie les escucha”, añade otra.

Hay fotos del ingreso masivo de nativos a la estación seis, armados

todos con lanzas. Una masa compacta y exaltada, lista para el choque destructivo de las guerras ancestrales. También se documenta los acuerdos de no agresión logrados con los 38 policías, que guardan sus armas “en una habitación resguardada por personal PNP y apus (nativos). Ellos

(mártires PNP) no tenían comunicación con el exterior por carecer de radios...”. Los policías tenían, añaden, teléfonos celulares propios, pero de comunicación precaria o nula. Y el teléfono público de ahí era totalmente insuficiente.

A continuación se describe el ope-





rativo de Bagua. Dada la "orden de Lima" de "desbloquear la vía a como dé lugar", informa el documento que "el comandante Del Carpio, al mando de 60 efectivos, llega a la zona a las 05:30 Hrs." y ordena "al mayor Bazán que vaya a la parte alta para avisar por teléfono" al comandante de la operación sobre la situación reinante y que tomara posición.

COMO dice el documento, "el mayor PNP Bazán Soles Felipe, es avistado por algunos nativos que al observar que se encontraban armados ven vulnerado el acuerdo de no agresión (...) pronto, en número no menor de 500, rodean al grupo del mayor Bazán (...) ante la negativa [de entregarles las armas] agreden con lanzas y perdigoneras a los efectivos, matando a unos, otros logran huir momentáneamente o se tiran al barranco; empieza el caos, son las 06.00 Hrs".

Viene luego la descripción del enardecimiento generalizado, las estridentes, agitadas y agitadoras descripciones radiales del enfrentamiento en la Curva del Diablo y en Bagua. El jefe del operativo, el "general PNP Luis Muguruza llega a la zona de operaciones-escenario alrededor de las 07.00 Hrs y encuentra policías torturados y muertos. Recién ordena entonces usar las armas para avanzar, recuperar los cuerpos y capturar a los presuntos responsables". El reporte añade que "ya son las 09.00 Hrs. y aún no se puede comunicar a los miembros de la estación seis lo sucedido". Mientras tanto, la información exagerada de algunas radios, que hablaba de grandes cantidades de nativos muertos, excita a los que se encuentran en la estación seis.

En las escenas de enfrentamiento en la carretera, se ve claramente la confusión policial al ser atacados desde un flanco con armas de fuego. Es ahí notorio que solo un número li-

mitado de policías dispara, mientras el resto se guarece. "... la falta de equipo adecuado y el terrible costo social no permite el uso de las armas de fuego", dice el documento. Algunas fotos muestran a los policías con los fusiles en bandolera y a muchos otros guareciéndose de la balacera, sin disparar. Eso explica el número claramente inferior de víctimas civiles respecto de los muertos policiales. Como dice el informe, con abundante respaldo gráfico, "se subestimó la cantidad de manifestantes y su potencial agresivo".

El largo relato que sigue es el de la captura, tortura y asesinato de los policías de la estación seis. "Así empiezan a darle horrible muerte uno a uno (...) tortura, desangre, sustancias corrosivas en la cara, degollamiento (...) llega un momento que si-

"Se trata de un grupo de policías de temple parejo que describe las fuerzas ciegas de una tragedia".

multáneamente tratan de huir los que quedaban vivos del grupo. Fueron entonces literalmente "cazados" con lanzas y ultimados a golpes los que fueron alcanzados. Otros que lograron tirarse a un barranco y al río pudieron salvarse".

A continuación, más de 50 vistas documentan la forma en que los encontraron. La crueldad, la sevicia con la que hombres maniatados, indefensos, fueron asesinados, no se borra ni se olvida.

Otra serie larga de vistas, de la evacuación de cadáveres amontonados en las tolvas de camionetas, demuestra también que no hay ni conocimiento ni una cultura de cómo transportar con dignidad y respeto los cuerpos sin vida. Esa larga parte no termina con gritos de venganza, sino de controlada angustia con las fotos de los caídos cuando estaban vivos.

La última parte es de una corta, enojada protesta. "¡Qué indignación y vergüenza", dice, "ver a quienes

nos comandan y ordenan ir al frente, (...) nos defrauden y traicionen públicamente con el obvio y único propósito de salvar sus responsabilidades (...) olvidándose que son la única esperanza de los sobrevivientes (...) [quienes] derramaron su sangre por obedecer sus erradas órdenes".

Enrostran con dureza pero justicia a los jefes que pretenden "responsabilizar por los hechos a quienes no pueden defenderse (...) pues se les quitó lo más preciado -la vida".

"¿Cuál es el siguiente paso señora ministra", preguntan a Cabanillas. Echarle la culpa, añaden, al mayor Bazán, por su "ímpetu temerario", como dijo el general Javier Uribe en Canal N. "Lógicamente", añaden, "ante la mirada de quienes lloramos por nuestros hermanos caídos, en el mismo acto pretenderá ascender a los oficiales quienes [sic] nada hicieron (...) con el único y execrable propósito de comprar su silencio...".

EN realidad, fue más que eso. Sánchez Farfán, el jefe de la Policía, condecoró a Cabanillas, la ministra, con la medalla "Corazón Policial", como si se hubiera culminado en triunfo hazañas memorables y no presidido la mayor tragedia policial en la historia de este país.

Además, en el área de seguridad ciudadana de IDL, donde trabajo, hemos visto ya varios casos de maltrato y abandono a los familiares de los caídos, apenas pasado un mes de sus muertes. Eso es indigno e inaceptable. Dado que no existe defensor de la policía que merezca el nombre, IDL asumirá la representación legal de los familiares que la precisen.

"¡Así morimos los policías!", finaliza la conmovedora presentación: "• Sin poder usar nuestras armas; • Sin comunicación; • En increíble inferioridad numérica; • Sin planificación; • Sin apreciación de inteligencia; (...) • En pésimas condiciones logísticas; • Sin respaldo del comando institucional; • Sin respaldo político... ¡pero con honor, mi general!".

Después de la vergüenza ajena que provocan políticos y jefes policiales indignos, ese grito de corazón de los policías de temple estoico debiera resonar entre los ciudadanos, para asegurar justicia a sus familias y a ellos la calidad de comando y las condiciones que necesitan y merecen. ■